



Home Office y violencia contra las mujeres

AÑO 8/ No. 133/ 30-12-2021

La materia prima que procesa la imaginación sociológica
es la experiencia humana.
Zygmunt Bauman

No es la conciencia del hombre
la que determina su ser,
sino, por el contrario,
el ser social es lo que determina su conciencia
C. Marx

Con la llegada de la pandemia, la resistencia de empleadores, tanto del sector público como privado para implementar mecanismos que permitieran a los trabajadores cumplir con sus responsabilidades desde casa se acabó. La realidad a la que nos enfrentamos no permitía el contacto humano; el desconocimiento sobre las formas de propagación de la pandemia obligó a tomar decisiones rápidas con el único objetivo de salvar vidas. En materia de salud se actuó conforme los protocolos internacionales lo sugirieron, pero no pensamos las consecuencias sociales de guardar una cuarentena tan larga.

Uno de los aspectos sociales que más se modificaron fue la forma en la que nos desempeñamos laboralmente. El trabajo en sí mismo genera ritualidades que posibilitan la interacción social más allá de la solidaridad entre trabajadores, son esos rituales los que se erosionaron durante la cuarentena y hoy ya podemos evaluar algunas de sus consecuencias, como la violencia en el hogar, cuyas principales víctimas fueron mujeres y niños.

En redes sociales aparecieron casos que se viralizaron, porque esa violencia se presentó durante reuniones virtuales, con alumnos presenciando en vivo esas

agresiones, en otras palabras, la violencia que permanecía soterrada salió a la luz, mostrando la vulnerabilidad a la que se enfrentan las mujeres en el ámbito privado.

El presente texto se divide en dos partes, en la primera, se abordan algunos cambios que ha sufrido el trabajo y, al mismo tiempo, se plantean los inconvenientes del trabajo en casa o teletrabajo como le ha llamado el filósofo surcoreano Byung-Chul Han, en la segunda parte el objetivo es mostrar cómo aumentó la violencia en el hogar durante esta pandemia.

1.- Sobre el trabajo

Cuando pensamos en trabajo, lo primero que viene a la mente es el proceso mediante el cual un individuo vende su fuerza de trabajo, genera ganancias para un patrón y a su vez se hace de un salario, sin embargo, el trabajo es más que la producción de ganancias para un capitalista, el trabajo genera relaciones sociales. No es casual que hoy en día pensemos en una aceleración del tiempo social vinculada con la forma en la que el empleo se ha modificado. Como

apuntó Luciano Concheiro en su libro “Contra el tiempo”, según Marx, la fórmula del capital es D-M-D (Dinero-Mercancía-Dinero), es decir, se invierte dinero para producir mercancías que serán vendidas y se generará una ganancia. Con los avances tecnológicos, esa fórmula se aceleró, las máquinas se encargaron de hacer el trabajo más rápido y las consecuencias no sólo son económicas, es decir, no sólo aumentaron las ganancias en menos tiempo, los trabajadores vieron modificadas sus formas de vida, para algunos, la llegada de las máquinas a las fábricas significó desempleo; para los jóvenes, la exigencia de mano de obra cualificada los obligó a asistir a las escuelas, es decir, hubo una masificación de la educación técnica, que, a su vez, permitió que se alargara el tiempo social que va de la niñez a la adultez, generando una “moratoria social”, es decir, la juventud, como socialmente la conocemos. Sí, la juventud es hija de la segunda revolución industrial.

En otras palabras, lo que sucede con el trabajo en su forma de empleo tiene repercusiones políticas, económicas y

culturales. No es casual que Marx haya centrado su análisis en el proletariado, en esa masa trabajadora que conocía cuáles eran los problemas sociales que necesitaban una solución urgente, son ellos, los trabajadores, quienes resienten los cambios que se producen cuando hay una alteración en las condiciones laborales. Franco “Bifo” Berardi (2019), cuando habla de la automatización y sus consecuencias en el trabajo, señala que “es la forma más elevada de subsunción, en la medida en que su flujo captura automáticamente el tiempo humano” (116). Y agrega, que estas condiciones que se modifican en la actividad del trabajo también tienen repercusiones en la vida cotidiana, para el filósofo italiano, la automatización también llega a la esfera de la cognición y la denomina “subsunción mental”, que no es otra cosa que una de las formas que adopta el biopoder.

Ahora bien, con la llegada del modelo neoliberal, el trabajo sufrió cambios mucho más radicales, pero, para efectos del presente texto, me enfocaré en los que tienen que ver con

la ideología dominante. En el neoliberalismo, el trabajador ha dejado atrás todo sitio para la solidaridad, al igual que en otros espacios de la vida política de las personas, el trabajo ha sufrido el embate de la atomización, por ello, para Bauman, el proletariado que antaño aglutinaba las demandas sociales hoy ha dado paso a una nueva clase social que denomina el precariado, que:

“es conocido por haber sustituido los sentimientos de <<juntos estamos y juntos caeremos>> por los de << cada uno a lo suyo y que el demonio se lleve al último>>. No hay lugar sobre el que la solidaridad, ese adhesivo que algún día se creyó capaz de consolidar a los sufridores solitarios en agentes históricos, pueda echar raíces y crecer” (2019, 148).

Es decir, aquel discurso de Margaret Thatcher en que señaló que no existía sociedad sino individuos aislados, resultó premonitorio, hoy parece que cada uno de los trabajadores lucha en solitario para mantener condiciones de vida más o menos estables, y ni

siquiera se avizora un espacio en el que los sindicatos vuelvan a ser lo que eran. “Bifo” Berardi (2019) ofrece una posible explicación al señalar que las personas no se organizan justamente por la precarización a la que han sido sometidos, y agrega que, en las circunstancias actuales del trabajo, no se les permite “ver el camino a la autonomía y la solidaridad”, un círculo vicioso en el que el único que pierde es aquel que sólo tiene su fuerza de trabajo.

1.1.- Home Office ¿Libertad o seguir con los designios de la productividad?

Una de las características más importantes de la ideología neoliberal es la forma en la que juega con el lenguaje, cómo a partir de sentencias que apelan al éxito individual moldea a la sociedad en su conjunto, responsabilizando a cada uno de nosotros mientras exime a los verdaderos responsables de nuestros males. Todos conocemos esas sentencias, quizás la más popular sea “el pobre es pobre porque quiere”, es decir, quien no logra sortear los obstáculos impuestos desde el mercado y el Estado es responsable

de ello; bajo esta lógica, resulta interesante cómo “Bifo” Berardi entendió esta etapa del capitalismo y la llama semiocapitalismo, es decir, el lenguaje juega un papel importante en la forma en la que nos vinculamos con el mercado, así, las personas que cayeron en el desempleo y se incorporan al mercado a través de apps como Uber no se consideran informales, sino socios, quien vende sus ideas creativas o su fuerza de trabajo sin salario estable, ni prestaciones sociales no es un desempleado, sino un freelancer.

Pero ¿por qué el socio o el freelancer acepta esto? Una posible respuesta que va más allá de la necesidad de aceptar el empleo que sea con tal de tener un ingreso que permita un sustento, es que el neoliberalismo nos vende la precariedad como sinónimo de libertad. El freelancer “tiene la libertad” de buscar sus propios proyectos, de aceptar aquellos en los que se siente cómodo y no está obligado a rendirle cuentas a nadie más que a sus clientes; lo mismo sucede con el conductor o el repartidor de Uber, “es libre” de elegir los

horarios en los que desea trabajar, los días que descansa, etcétera.

La libertad bajo este contexto no es otra cosa que el imperativo de producir auto explotándonos, la competencia se convierte así en el alma de la economía colaborativa. Siguiendo a Bifo Berardi nuevamente, el neoliberalismo es el fascismo de la competencia, nos obliga a pensar de manera individual, de esta forma, la supuesta libertad de elegir horarios cuando se es conductor de una app se convierte en más de 8 horas diarias de trabajo, sin seguro médico, sin aguinaldos, sin reparto de utilidades, etcétera.

El mismo esquema prevalece cuando hablamos de Home Office o trabajo en casa, la solidaridad existente en los centros de trabajo se esfuma, nos preocupamos por producir más porque suponemos que los compañeros actúan bajo la misma lógica, de esta forma, las empresas no sólo disminuyen costos en insumos y trasladan esas cargas a sus empleados, además, tienen la posibilidad de explotar a sus empleados sin que ellos lo sepan y lo peor, por la misma paga. El argumento

que nos dan para aceptar que nuestro hogar (ese espacio en dónde lo lúdico debería prevalecer) se convierta en centro de trabajo es que seremos libres de trabajar con la ropa que nos acomode, en los horarios que nos convengan y con el ritmo de trabajo que nosotros decidamos. Una vez más el mito de la libertad se empata con la explotación neoliberal, trabajar aislados no sólo rompe con la paz que debe existir en el hogar, entendiendo por calma como el triunfo de lo lúdico, del juego, ya Byung-Chul Han lo ha señalado, mezclar lo lúdico con lo productivo contamina al primero, lo aleja de ese espacio de aprendizaje y reflexión y lo convierte en una extensión del capitalismo pero no es lo único, el tejido social que se genera en los centros laborales también se ve afectado, desaparecen los rituales que nos permiten convivir unos con otros y aprender de todos.

1.2.- Home Office y la erosión de los rituales

Como señalé más arriba, el trabajo genera relaciones sociales y agrego, los espacios laborales producen comunidad, ya que la cercanía con el otro me obliga a entenderlo, a

solidarizarme con sus necesidades y, sobre todo, a pensar las condiciones laborales bajo las cuales desempeñamos nuestro trabajo. Aunque existe la competencia, se da en un marco donde no se busca anular al otro porque lo tenemos de frente, en el trabajo en casa, los trabajadores ya no tienen a una persona concreta con la que compiten y, en consecuencia, la primera en desaparecer es la solidaridad. Por eso se hace urgente la necesidad de pensar en lo que estamos perdiendo cuando prolongamos la distancia social. Para efectos de este texto me centraré en el trabajo.

Para el filósofo surcoreano Byung-Chul Han, la cuarentena que muchos tuvimos que llevar a cabo debe ser analizada más allá de la urgencia sanitaria, y es necesario acercarnos a sus consecuencias desde lo simbólico. Para él, la pérdida es profunda: los rituales están desapareciendo. Pero, antes de seguir, ¿qué debemos entender por rituales?, Han es muy claro:

Los ritos son acciones simbólicas. Transmiten y representan aquellos valores y

órdenes que mantienen cohesionada una comunidad. Generan una *comunidad sin comunicación*, mientras que lo que predomina hoy es una *comunicación sin comunidad*. De los rituales es constitutiva la percepción simbólica. El símbolo, palabra que viene del griego *symbolon*, significaba originalmente un signo de reconocimiento, o una <<contraseña>> entre gente hospitalaria (*tessera hospitalis*). (Han, 2021; 11)

Con la pérdida de los rituales que se llevan a cabo durante una jornada laboral, el individuo queda a merced de sus problemas cotidianos, del estrés de no poder salir y, además, de la presión de la competencia frente a un otro que no ve. Han retoma el concepto de otro filósofo y sociólogo, Hartmut Rosa y señala que nuestra crisis actual es un problema de resonancia. Para Rosa, la resonancia es esa capacidad de sentirnos en comunidad con el otro, la distancia social nos impide esa cercanía y la conclusión se deriva: si no podemos

resonar, vibrar al lado de los demás, no tendremos lazos comunitarios.

Ese es el riesgo al que nos enfrentamos cuando la distancia social se prolonga, cuando dejamos de darle importancia a los centros de trabajo a cambio de una supuesta libertad que no es otra cosa que una forma de explotación pensada para evitar la protesta social y la exigencia de mejores condiciones de vida.

2.-. Violencia contra la mujer durante la pandemia

Los primeros casos de COVID-19 en el país se presentaron en febrero de 2020, un mes después, las acciones del Gobierno Federal se anunciaron de forma oficial, primero, el 27 de marzo de 2020 el titular del Ejecutivo Federal publicó un decreto en el que se anunciaban acciones extraordinarias para atender la pandemia, después, el 31 de marzo de 2020 se publicó en el Diario Oficial de la Federación¹ un Acuerdo mediante el cual se prohibían todas las actividades no esenciales.

En medios de comunicación se habló mucho del impacto económico que eso supondría para un país de renta media como el nuestro. Se debatió sobre la pertinencia en la comunicación social del Gobierno Federal y la actitud de los responsables de atender la pandemia respecto al uso de cubrebocas etc., además se agudizaron los reclamos por la ausencia de apoyos económicos para las pequeñas y medianas empresas; también se discutió sobre el impacto que la cuarentena tendría sobre millones de estudiantes en todo el país, entre muchas otras cosas, casi todas vinculadas a la economía, pero muy poco se pensó en las consecuencias que la cuarentena tendría en el aumento a la violencia contra las mujeres.

La realidad nos alcanzó muy pronto y nos dimos cuenta de que las políticas públicas para fomentar la igualdad sustantiva no estaban siendo del todo útiles. Las llamadas que denunciaron violencia contra las mujeres

¹ Fuente:
https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5590914&fecha=31/03/2020&print=true

empezaron a aumentar y poco a poco el tema se mediatizó. El primer reporte del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP), señalaba que “sólo en marzo las llamadas incrementaron 23% respecto de febrero”.²

Al principio, el titular del Ejecutivo Federal tomó como alternativa la evasión, hasta que no tuvo más alternativa que aceptar que la violencia contra las mujeres era un problema que se estaba agudizando con la distancia social y el encierro en casa. Fue a través de Olga Sánchez Cordero, quien en ese momento se desempeñaba como titular de la SEGOB, que el Gobierno mexicano aceptó que “de enero a junio se recibieron 131 mil 224 llamadas por este motivo (Violencia de género), contra 89 mil 998 en el mismo periodo de 2019”³. Es decir, en los primeros seis meses de 2020 la cifra de denuncias había crecido en más de 40%.

² Fuente:
<https://www.eleconomista.com.mx/politica/La-violencia-si-incremento-en-la-cuarentena-mas-llamadas-de-auxilio-y-mas-busquedas-en-Google-20200524-0002.html>

Estos datos son la prueba de que las políticas públicas que previenen y tienen como objetivo erradicar la violencia contra las mujeres no han sido suficientes, el ámbito doméstico mostró cuan vulnerables son y la urgencia de trabajar más en esa materia.

Los casos que se viralizaron son muestra de que la violencia no está concentrada en una clase social en específico, ni tampoco en un grado de escolaridad. Estamos frente a un tema complejo que requiere primero del reconocimiento desde las autoridades. Resulta difícil pensar que un gobierno que niega la existencia de un problema tenga intención de diseñar políticas públicas para atenderlo.

Vale la pena señalar que no fueron las instituciones las que presentaron los proyectos más interesantes para tratar de atender el problema, sino la sociedad civil, un ejemplo plausible es el de Tsatsal Ontonal “fortaleciendo el corazón”, un colectivo en el que las mujeres que han sufrido violencia se

³ Fuente:
<https://www.animalpolitico.com/2020/07/llamadas-violencia-mujeres-aumentaron-segob-amlo/>

organizaron para trabajar desde la colectividad, su objetivo es “construir una iniciativa económica con autogestión e independencia”.⁴ La propuesta resulta interesante porque se empata con lo que varios autores como Byung-Chul Han, Houria Bouteldja, o Martha C. Nussbaum han señalado, cuando la violencia y los discursos de odio empiezan a dominar el panorama político, es necesario anteponer el amor o rescatar al eros.

No se puede olvidar que lo personal es político, es decir, lo que sucede con la violencia en el hogar por razones de género no es algo que se pueda atender desde la individualidad, es necesario pensar en colectivo y trabajar en consecuencia. La democracia en el mundo necesita de ese pensamiento colectivo, de lo contrario el ciudadano se reduce a un mero consumidor de propuestas políticas que “compra” a través del voto pero que no resuelve nada de lo que ocurre en su comunidad.

A manera de conclusión

Asistimos a nuevas formas de relacionarnos; la pandemia cambió no sólo las expectativas de crecimiento económico que tanto preocupan a los gobiernos, también modificó la forma en la que nos relacionamos, la forma en la que trabajamos y las formas rituales en las que participamos.

Las consecuencias están a la vista de todos, la solidaridad, ese adhesivo social que tanto se promovía desde los Estados antes de la llegada del modelo neoliberal se empieza a esfumar, la individualidad promovida desde la competencia económica es el nuevo régimen y la libertad que nos prometieron cuando nos hablaron de las ventajas de trabajar desde casa se ha vuelto contra nosotros, y una de sus consecuencias más terribles fue el aumento en la violencia en el hogar, donde las principales víctimas son mujeres y niños.

Bajo esa lógica, los gobiernos están obligados a trabajar en el diseño de políticas públicas que detengan la violencia contra las mujeres, en tanto que, como sociedad, debemos pensar

⁴ Fuente:
<https://www.chiapasparalelo.com/noticias/chiapas/>

en las consecuencias que tendrá la desaparición de nuestras formas rituales. Lo simbólico no es y no debe ser algo que se pierda entre las leyes del mercado, donde dominan las inversiones incluso sobre los individuos; el individuo neoliberal deja de ser un fin en sí mismo para convertirse en un medio, el cambio ético es abismal y aunque está frente a nosotros parece pasar desapercibido.

Recuperar las formas rituales, combatir el individualismo y recuperar la solidaridad desde el trabajo resulta urgente si queremos detener no sólo la violencia contra las mujeres, sino otro tipo de violencias, debemos recordar que lo simbólico da forma al mundo concreto, y la violencia destruye el espacio de la política, es decir, el espacio de la organización y del debate en el que decidimos la forma que le damos al espacio público que todos habitamos.

Bibliografía

Bauman, Zygmunt, (2019) ¿Para qué sirve realmente...? Un sociólogo. México, Paidós.

Berardi, Franco, (2015) La sublevación. México, Surplus.

_____, (2019) Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad. Argentina, Caja Negra.

Han, Byung-Chul, (2016) La agonía del Eros. Barcelona, Herder.

_____, (2017) La sociedad del cansancio. Barcelona, Herder.

_____, (2021) La desaparición de los rituales. Barcelona, Herder.

Moruno, Jorge, (2018) No tengo tiempo. Geografías de la precariedad. Madrid, Akal.

Nussbaum, Marta C. (2019) La monarquía del miedo. Una mirada filosófica a la crisis política actual. México, Paidós.